

Los poderes de la lectura por placer

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA
Coordinadora



LB1050
P63

Los poderes de la lectura por placer / Coordinadora Elsa M. Ramírez Leyva.- México : UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2022.

xvii, 232 p. - (Lectura: pasado, presente y futuro)
ISBN: 978-607-30-7002-7

1. Lectura. 2. Promoción de la lectura. 3. Lectores. 4. Conducta lectora. I. Ramírez Leyva, Elsa M., 1949-, coordinadora. II. ser.

Diseño de cubierta: Mario Ocampo Chávez

Primera edición: 17 de noviembre 2022

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL

AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
y de la Información

Circuito Interior s/n, Torre II de Humanidades,
pisos 11, 12 y 13, Ciudad Universitaria, C. P.
04510, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-7002-7

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin la autorización escrita del
titular de los derechos patrimoniales.

Publicación dictaminada

Impreso y hecho en México

Contenido

PRESENTACIÓN	xi
Elsa M. Ramírez Leyva	

LA PRODUCCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER

EL APRENDIZAJE DE LOS PLACERES	3
Jorge Larrosa Bondía	
PLACER Y CONOCIMIENTO: DOS POTENCIAS DE LA LECTURA	13
Juan Domingo Argüelles	
LEER POR PLACER, UN BRINCO A LAS EMOCIONES Y LA IMAGINACIÓN	25
Aline de la Macorra	
BENEFICIOS DE LA LECTURA EN VOZ ALTA DURANTE LA PRIMERA INFANCIA	37
Evelio Cabrejo Parra	
BIBLIOTERAPIA: LA LECTURA COMO FUENTE DE PLACER Y DE BIENESTAR	49
Julio Alonso Arévalo	

LOS EFECTOS DE LA LECTURA POR PLACER

HERÁCLITO CONTRA DEMÓCRITO: LA LECTURA COMO IMAGEN DEL MUNDO EN EL BARROCO	63
Agustín Vivas Moreno	
LA VIDA COMO LIBRO, EL RESTO ES SILENCIO	81
Camilo Ayala Ochoa	

ESPEJO DE LECTURA, LECTORES <i>PRÍNCEPS</i> Y PLACERES DIVERTIDOS: <i>EL LIBRO SALVAJE</i> DE JUAN VILLORO	93
Daniel de Lira Luna	

CONTRIBUCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER A LA FORMACIÓN ACADÉMICA

DEL PLACER DE LEER COMO PROPÓSITO FORMATIVO	111
A. Olivia Jarvio Fernández	

DELEITAR APROVECHANDO. AMOR, PASIÓN, PLACER Y TRASCENDENCIA EN LA LECTURA DE TEXTOS CIENTÍFICOS	123
José López Yepes	

EL PLACER DE LA LECTURA EN EL MEDIO DIGITAL: APROPIACIÓN, INTEROPERABILIDAD Y DESCUBRIMIENTO	139
José Antonio Cordon García María Muñoz Rico	

EL PLACER DE LA LECTURA REESCRITO EN EL PLACER DEL HABITAR LA ARQUITECTURA: DEL LENGUAJE VERBAL ESCRITO AL LENGUAJE NO VERBAL HABITADO (Y VICEVERSA)	155
María Elena Hernández Álvarez	

LA LECTURA POR PLACER EN EL CAMPO BIBLIOTECARIO

EL CLAROSCURO DE LA LECTURA POR PLACER	173
Héctor Guillermo Alfaro López	

LA LECTURA POR PLACER EN LA BIBLIOTECA: ENTRE DETERMINACIONES Y POTENCIACIONES	189
Didier Álvarez Zapata	

PASIÓN POR LA LECTURA EN LA PREPARATORIA DEL TECNOLÓGICO DE CUERNAVACA: EXPERIENCIAS DE LECTURA PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO DESDE LA BIBLIOTECA Y LA ACADEMIA	201
Ofelia Antuña Rivera	
LA LECTURA POR PLACER FORMA LECTORES: UN PODER EN RIESGO Y NUEVOS DESAFÍOS PARA LA BIBLIOTECA	215
Elsa M. Ramírez Leyva	

Heráclito contra Demócrito: la lectura como imagen del mundo en el Barroco

AGUSTÍN VIVAS MORENO
Universidad de Extremadura, España

El monje Jorge de Burgos exclamaba en la obra *El nombre de la rosa* de Umberto Eco: “La risa mata el miedo y sin el miedo no puede haber fe, porque sin miedo al diablo ya no hay necesidad de Dios”, y añadía: “nuestra tarea en la biblioteca es preservar el saber y no investigar” (Eco 1987, 567). Como recordarán, la *Poética* de Aristóteles no podía ser leída. Pero, ¿por qué en una biblioteca repleta de textos heréticos y descreídos, resulta ser Aristóteles el peligro más distinguido?, ¿por qué en una colección de libros con textos del islam y páginas heterodoxas, la *Poética* del autor griego representa el mayor mal para la fe? Se trata del interrogante que obsesiona a Guillermo de Baskerville. ¿Acaso justamente porque Aristóteles, siendo un autor excelso, confiere a la risa de una aureola de respeto intelectual de alcance insospechado?, ¿acaso la risa y el placer no deben formar parte de la vida porque ahuyentan el temor de Dios?, ¿acaso debe estar prohibido todo aquello que ocasione en su lectura una cierta afinidad mundana? La risa y el placer habían sido desenterrados de la fiesta y la taberna, y en la atmósfera otoñal del medioevo podían devenir dispositivos contra aquello que Jorge de Burgos suponía como elemento nuclear de la iglesia: el temor de Dios. La burla, el placer o la risa resultan ser incompatibles con el cuidado de Dios y el miedo a la justicia eterna.

En realidad, esta dualidad —el pesimismo, la *gravitas* y la preservación de la “ciudad de Dios”, por un lado, y el optimismo, la curiosidad y la inquietud estética por otra— no surge en la Edad Media. Es muy anterior. La contraposición viene personificada por dos filósofos presocráticos: Heráclito y Demócrito. Ellos simbolizan de forma opuesta el llanto y la risa, y representan dos actitudes vitales antagónicas en el mundo.

Pues bien, esta pareja de filósofos presocráticos era una figuración frecuente en el Barroco. Se contraponían artificialmente dos posturas ante la vida, el optimismo de uno frente al pesimismo de otro. El placer frente al temor. Pero, ¿de qué ríe Demócrito?, ¿de qué se lamenta Heráclito? Para Demócrito este mundo era una *caja de locos* en la que todo vale, y la vida era una comedia graciosa que no debía tomarse en serio. De ahí la risa. Para el “oscuro” Heráclito, era un trágico teatro de desgracias. De ahí el llanto. La contraposición, pues, en este juego de opuestos, no acaba siendo tan determinante. Algunos escritores del Siglo de Oro español, como Baltasar Gracián, ya se hicieron eco de ello. La vida no es más que una representación trágica y cómica donde se igualan, en el fondo, dichas y desdichas. La vida como tragicomedia. Lo resume este verso:

De estos dos extremos es
el mundo paso y comedia;
para el que llora, tragedia,
para el que ríe, entremés (de la Torre en Alvar 1987, 211).

Éste es el orden que encontramos en el frontispicio del Barroco hispano que ahora nos concierne, la contradicción preside la vida y forma parte del ser. Volvemos a citar a Gracián que pone en boca de Critilo las conocidas líneas: “¿A quién no pasará de ver un concierto tan extraño compuesto de oposiciones? Así es, que todo este Universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos” (Gracián 1980, 92).

Demócrito y Heráclito representan, pues, la contraposición ante los múltiples escenarios de la vida, la constante mudanza y la

inconsistencia del entorno y de la persona misma. El ser en este universo frágil aparece disperso en un tiempo fugitivo asediado de circunstancialidad. Así, Góngora dice:

Tú eres, tiempo, el que te quedas
Y yo soy el que me voy (Góngora 2008, 258).

En este contexto, el microcosmos humano se encuentra encerrado en dualismos irreversibles: infierno y cielo, razón e instinto, temor y placer, Quijote y Sancho, Heráclito y Demócrito. Y en esta contradicción constante, la melancolía se torna trágica. Afirmará Gracián:

Todo cuanto hay se burla del miserable hombre; el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna se burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da prisa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la prudencia le deshace, el olvido le aniquila, y el que ayer fue hombre hoy es polvo y mañana nada.

Son, pues, tiempos de inseguridad. La melancólica gravedad, temerosa y apesadumbrada, tiñe la vida y lo invade todo.

Sin embargo, ¿acaso en un universo con estas características no está justificada la búsqueda de diferentes formas de afirmación existencial? De ahí que algunos propugnen el hedonismo como único elemento de satisfacción, el placer vital como forma de fuga, la afirmación sensual como recurso de supervivencia, el placer como solución (Rodríguez-San Pedro 1988).

En realidad, pues, igual que en el Renacimiento se estimula el *carpe diem* horaciano que leemos en Garcilaso, la realidad barroca acaba representada como tensión de fuerzas que se enfrentan y se precisan a la vez. El equilibrio, pues, se torna dinámico: por un lado, la exacerbación de la religiosidad, la identificación entre el orden natural y el sobrenatural, la esperanza trasmundana —en terminología de Rodríguez San-Pedro—, el misticismo como afirmación individual, el ascetismo como renuncia existencial y, con

todo ello, la posibilidad del milagro, la reliquia, la superstición y la magia; por otro, el espectáculo como atracción, el teatro como placer mundano, la comedia como deleite, la fiesta ostentosa como distracción y el placer como juego.

Pues bien, en todo lo que llevamos dicho, para la descripción del universo barroco la extensión lectora resulta ser un instrumento sustancial. Entendemos la lectura tal y como lo hace Chartier, como fenómeno holístico que conjuga el libro como objeto, los contenidos tratados y las prácticas, los usos y las apropiaciones que de los textos hacen los lectores. En este sentido, en el siglo XVII hispano, la lectura oralizada o escrita, como es sabido, queda exteriorizada a través de múltiples prácticas que acaban constituyendo un extenso público de lectores populares que englobaba tanto a los semianalfabetos, como a los analfabetos. La lectura, pues, no era cosa sólo de alfabetos.

Pretendemos decir con todo ello que los contenidos —cuya diferenciación entre cultos y vulgares resulta a todas luces inconsistente— alcanzan al público. El arbitraje de la voz lectora se torna esencial para la comprensión de todo ello. Las múltiples prohibiciones dictadas por las autoridades castellanas contra la literatura placentera o de ficción han de ser entendidas en este contexto. Algunas son paradigmáticas: en 1531, un decreto real prohíbe el envío a Indias de literatura placentera, como romances o historias temporales y mundanas. El placer lector estaba reñido con la cristianización indiana; en 1534, otro decreto real abunda en la prohibición establecida impidiendo la impresión, venta y posesión de estos géneros placenteros de literatura, o en 1555, las Cortes —institución de extraordinaria relevancia— solicitan la prohibición de todos los libros de ficción, coplas, libros de amores y otras vanidades. Posiblemente la insistencia implica incumplimiento. Así se llega hasta 1625, cuando la Junta de Reформación deja de conceder nuevos permisos de impresión para novelas u obras de teatro.

En este contexto, la pregunta que podemos hacernos para la comprensión de estos elementos es cuál era el objeto de la lectura por placer en el siglo XVII hispano. Nuestra hipótesis es que la respuesta, fiel a la mentalidad barroca, es contradictoria en sí misma,

pues se constituye como una herramienta de doble filo: por un lado, desde una perspectiva socio-política, alguna literatura placentera se configura como *instrumento de la acentuación del poder establecido*, donde se conjugan las permanencias religiosas y conservadoras con el apoyo a una sociedad conformada según un orden monárquico-señorial. La literatura de placer como dispositivo de manipulación; por otro, desde una perspectiva sociocultural, la ficción placentera se conforma como *mecanismo transgresor*, no sólo como elemento de crítica social, sino como dispositivo creativo de los valores imaginativos y sensibles que escapan al orden cultural establecido. La lectura por placer se torna pues como instrumento ambivalente, coexistiendo dos valores que se contraponen y se necesitan.

Llegados a este punto, quizá convenga avanzar en tres preguntas que se muestran como elementales: primera, ¿cuál era la lectura por placer en el universo barroco?; segunda, ¿cuáles son elementos que configuran esas lecturas como dispositivos conservadores y acentuación del poder establecido?, ¿qué ingredientes de la cosmovisión barroca aparecen integrados?, y tercera, ¿cuáles son los elementos que permiten construir un nuevo orden social donde caben razón y placer, progreso y valores sensibles?

LA LECTURA RELIGIOSA Y LA LECTURA POR PLACER EN EL UNIVERSO BARROCO

A tenor de los estudios realizados para Salamanca, Plasencia, Barcelona, Lorca, Valencia, Zaragoza, Madrid, Galicia o Valladolid por Ángel Weruaga (2008), Ricardo Luengo (2002), Manuel Peña (1996), Julio Cerdá (1986), P. Berger (1987), M. J. Pedraza (1988), Prieto Bernabé (2004), Ofelia Rey (2003) y Anastasio Rojo Vega (1985), entre otros análisis de libros y lecturas para la época moderna, existen algunos rasgos culturales que, a pesar de los diferentes contextos y relaciones, son continuos y persistentes.

Las *permanencias* las constatamos tanto en la lectura religiosa, como en la placentera, amena o efímera. En este sentido, en una

sociedad marcada por el hecho religioso es lógico que la lectura que circulara de forma preeminente fuera aquella que fortaleciera la doctrina o avivara la devoción. La lectura religiosa se configura así como un elemento nuclear del universo barroco. Destacan de esta forma:

- Las lecturas sobre la figura de Cristo como centro de la espiritualidad y la piedad católicas. La *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia el Cartujano fue en muchos lugares el libro más leído. También destacan las devociones populares a algunas imágenes, los sermones y la literatura espiritual. Destaca, como es sabido, el famoso *Imitatio Cristi* de Thomas de Kempis, que fue el libro más leído en la Europa renacentista, y el *De los nombres de Cristo* de Fray Luis de León.
- Las lecturas sobre María de extraordinaria devoción en el siglo XVII hispano están muy presentes. El ser una figura distintiva frente al protestantismo y el judaísmo es un argumento a tener en cuenta. Los libros de horas y las múltiples obras leyendísticas sobre las variadas advocaciones son muy leídas. Destaca la *Mística ciudad de Dios* de la monja franciscana sor María Jesús de Agreda.
- Las lecturas de biografías sacras son igualmente muy socorridas porque muestran el camino para llegar a la perfección. Son comunes los florilegios o colecciones de vidas de santos como los escritos por Alonso de Villegas o Pedro de Ribadeneira.
- Las lecturas de espiritualidad, por su parte, representan aceptaciones y cultivo de lo inmaterial. Son muy conocidas las obras de fray Luis de Granada, Juan de Palafox y Mendoza, Juan de Ávila o incluso Juan Eusebio Nieremberg como fiel representante del pesimismo que identifica lo barroco.
- Las lecturas doctrinales tienen un carácter pedagógico y popular. Tienen su origen en el catecismo romano que surge tras Trento. Es el caso de Pedro Casinio, Ripalda o Astete.
- *La lectura de la Biblia*, por su parte, no era la más abundante, debido a sus restricciones y prohibiciones. La interpretación

personal del mensaje estaba reñida con su transmisión unilateral. La Biblia en España, de esta forma, quedó prácticamente relegada a aquellos que sabían leer en latín. Hasta 1790 no se permitieron en España traducciones bíblicas al castellano.

Ahora bien, ¿cuál era la lectura placentera, amena o efímera? Dejando al margen la lectura que podríamos denominar como profesionalizante, y que no es base de reflexión ahora, se ha de destacar, a pesar de las indecisiones e inquietudes en las fuentes, la ficción literaria. Esta literatura, que casi no constatamos en los inventarios *post mortem*, era ciertamente leída. Posiblemente la diatriba frente a la diversión y lo profano ocasionan este desajuste. De nuevo Heráclito contra Demócrito. La ficción representa en última instancia la invención de la realidad, y con ella, la posibilidad de moldear nuevas historias humanas que constatan el amor, el temor o la muerte.

- Las lecturas en verso están muy presentes en la sociedad barroca. Góngora, Quevedo, Garcilaso de la Vega, sor Juana Inés de la Cruz, Luis Vaz de Camões, y más lejos, Alonso de Ercilla, Juan Rufo o Tomás Neira. No obstante, los datos con los que contamos son algo inciertos. Tengamos en cuenta que el estudio de la poesía es muy difícil de rastrear, porque al decir de Rodríguez Moñino (1980), la mayoría de ella circula de forma manuscrita, y ello no se consigna en los inventarios.
- Las lecturas de prosa de ficción resultan ser múltiples y fragmentarias. *Don Quijote* es notable desde el primer momento, mientras otras obras de Cervantes lo son menos. El *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán es tremendamente popular, mientras todo parece indicar que *El Lazarillo* y *La Celestina* corren peor suerte.¹ Son muy comunes, a pesar

1 Weruaga así lo determina para Salamanca o Luengo para Plasencia entre otros (Weruaga 2008, Prieto 2004, Luengo Pacheco 2002).

de su poca frecuencia en los inventarios, las novelas de caballería, fundamentalmente el *Orlando el furioso* de Ariosto, el conocido *Amadís de Gaula* o las obras de Melchor Ortega. Por su parte, la novela tradicional es minoritaria, si bien, a medida que avanza el siglo encontramos novedades en los inventarios. Hay una cierta tendencia hacia la novela didáctica, destaca el autor Fénelon.

- Las lecturas teatrales gozaron de una popularidad extraordinaria y, sin embargo, apenas están presentes en los inventarios. Téngase en cuenta que se trata de un género literario que sólo alcanza su plenitud cuando es representado; esto es, cuando es leído en voz alta, normalmente al pueblo llano. El teatro se convierte en vehículo de la ideología de los poderes dominantes frente a las tendencias cambiantes. Destacan Lope y Calderón. Y más lejos, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón o Juan Pérez de Montalbán.
- Las lecturas de libros de historia también estuvieron presentes. Su análisis nos llevaría por derroteros muy sugestivos. Su instrumentalización, la mezcolanza entre ficción y realidad o la visión placentera de los hechos son peculiaridades. Su lectura fue muy exitosa. La historia revive el pasado, estimula la imaginación, sirve para guiarse en la vida y su poder de evocación en el mundo barroco tuvo resultados muy fructíferos. Destacan la *Historia pontifical y católica* de Gonzalo de Illescas, y la *Historia general de España* de Juan de Mariana. Sin embargo, las narraciones y crónicas del Nuevo Mundo adquieren una asombrosa notoriedad. La historia local y regionalista, en una España diseminada, alcanza un importante desarrollo. Por su parte, la literatura emblemática, con Alciato a la cabeza, nos recuerda la caducidad, la contradicción y las aperturas del trasmundo.
- Otras lecturas efímeras también pueden ser destacadas al hilo de los diferentes estudiosos. Destacan como elemento sustancial de la lectura placentera los romances, las sátiras, las coplas, las relaciones, las cartillas, los catecismos, las novenas, los almanaques, las comedias y otros que son

integrados en los denominados pliegos sueltos o de cordel. Son efímeras porque su lectura era momentánea y perecedera, lo que implicaba un consumo rápido e inmediato. Naturalmente no están presentes en los inventarios, pero a decir de Caro Baroja (1969), los pliegos tuvieron una amplia difusión en la sociedad barroca.

Pues bien, esta lectura placentera produjo, como venimos diciendo, un doble efecto: por un lado, la confección de un dispositivo conservador de acentuación del poder establecido. El mantenimiento de la “ciudad de Dios”; y por otro, la cimentación de elementos transgresores combatiendo el marco social y edificando, en última instancia, en palabras de P. Hazard (1975), “un nuevo modelo de humanidad”: la construcción de “la ciudad de los hombres”.

LA LECTURA POR PLACER COMO DISPOSITIVO CONSERVADOR

Llegados a este punto, cabe preguntarse cuáles son los elementos nucleares que acaban determinando a la “lectura por placer” como dispositivo conservador y de acentuación del poder establecido. Seguiremos en parte la tesis de Maravall (1972), que ya nos avisa de la multiplicidad de perspectivas, si bien hay una cierta uniformidad en respuestas y conductas.

Por un lado, la lectura por placer es un elemento sustancial para la manipulación de los comportamientos y la voluntad. Se trata de lo que ya Maravall (1972) describió como el establecimiento de “una cultura dirigida”. Consideramos, en este orden, que las lecturas de ficción o amenidad contribuyen a consolidar la sociedad señorial restaurada, tradicional y aristocratizante; esto es, la autoconservación de la sociedad barroca. Maravall describe con efectividad cómo hay una tendencia manifiesta a manipular los comportamientos con el objeto de perpetuar el sistema sociopolítico establecido; esto es, un poder real incontrovertible con el soporte de fuerzas sociales privilegiadas. Lope, Calderón, Ruiz de Alarcón y otros muchos repiten cientos de veces la fórmula “soy

Los poderes de la lectura...

quien soy” (Maravall 1972), que se corresponde con “soy el que me corresponde ser”, que refleja como expresión el sistema de comportamiento que deriva de la concepción social impuesta.

Soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando
Como el rey en su Casilla

Dice el señor de *El mejor alcalde el Rey*. Y replican los campesinos:

No puedo dejar de ser
Quien soy, como ves que debo
A mi generoso nombre

Las lecturas por placer, en consecuencia, contribuyen a esta acen- tuación del poder que sobrepasa el orden social hacia un talante global de dirigismo conservador (Rodríguez-San Pedro 1988, 36). Maravall (1972) entiende que estas lecturas utilizan como resorte psicológico la persuasión, lo que contribuye al despliegue de un dirigismo dinámico por la acción. No se trata, pues, de resortes estáticos, sino de inducir intuitivamente, con objeto de que el indi- viduo crea conducirse a sí mismo cuando en realidad es conduci- do. Con ello el individuo encoge su identidad frente al estereotipo de la conducta común y obtiene la aceptación limpia y purificada. Los códigos de honor y honra, tan estudiados para nuestra época resultan ser fomentados en estas lecturas, y se develan como fun- damento de conducción. En consecuencia, las lecturas intervienen eficazmente sobre *el resorte de las pasiones*, de tal forma que los mensajes, expuestos en ocasiones sutilmente en las obras, contri- buyen al manejo de la voluntad. Deleitar, enseñar y mover la con- ciencia para dirigir (Maravall 1972).

Un segundo componente de las lecturas por placer, al hilo de lo que venimos explicando, es su instrumentalización para la for- mación de la opinión pública. Decía Saavedra Fajardo que “la úni- ca base para la sustentación del poder es la opinión”. Lope afirma “que la fama está en la opinión” o Lancina declara que “la opinión

mueve al mundo”. Pues bien, lo expuesto en la literatura amena o ficcionada —ya sea en aquellos para la lectura personal o en otros para la representación y la escucha— contribuye a la reproducción estandarizada de mensajes, que en última instancia muestran una tendencia al conservadurismo social. Libros, representaciones teatrales, canciones, carteles, libelos, etcétera crean opinión masiva. Miles y miles de comedias lanzadas al consumo de la época derivan en la creación de una cultura vulgar y masiva —denominada *kitsch* por Maravall (1972)— que presenta necesidades de la manipulación de opiniones y sentimientos sobre amplios públicos.

Para todo ello, la lectura placentera se sirve de determinados recursos que tienen por objeto alcanzar los resortes de la emoción más primaria. La lectura placentera obra, pues, con diferentes medios para atraer la voluntad del súbdito: la suspensión de la personalidad, el temor a lo distintivo o el asombro son algunos de ellos. Naturalmente, las técnicas de psicología de masas, que muchas décadas después serán explicitadas científicamente, son esgrimidas. Así, el uso de biografías como vehículo de educación moral y política, la utilización de la comedia para satisfacer el gusto del pueblo haciéndole reír y llorar, o los procedimientos alegóricos y simbolistas utilizados como resorte psicológico visual para impresionar enérgicamente a la gente son algunos ejemplos. Asimismo, con todo ello, la literatura por placer contribuye al control del gusto. Si la opinión es tornadiza, el gusto no lo es tanto, pues deriva de una apreciación que emana por vías extrarracionales. Siguiendo de nuevo a Maravall (1972), nos referimos no al gusto individual, sino al gusto masivo que se deja llevar por inclinaciones pasionales y con un influjo evidente en la esfera de la moral y la política.

Un tercer componente de la lectura placentera —tras la manipulación de los comportamientos, y la disposición de la voluntad y su instrumentalización para la formación de la opinión pública— es la habilidad para preservar y no innovar. El placer, pues, ayuda a configurar una representación protegida de verdades reforzadas. Los procedimientos para ello son múltiples y contradictorios.

Pudiera resultar paradójico que uno de los dispositivos de la literatura placentera sea la atracción de lo nuevo. Se trata, como en *El gatopardo*, de servirse de la novedad para consolidar un sistema establecido, en muchos casos aceptando, bajo aspectos nuevos, la tradición heredada. Sin embargo, por otro lado, en el universo barroco, tal y como constatamos en los argumentos de las novelas, en las temáticas poéticas, o en las representaciones teatrales, la prudencia aristotélica resulta ser la virtud más cotizada. La afinidad por lo novedoso no contradice la huida de las innovaciones peligrosas. La estabilidad se encuentra vinculada con la felicidad, y ésta con la quietud. Mensajes estereotipados de este talante se repiten en la lectura placentera de Lope o Calderón, pues sólo “acudiendo cada uno a su ejercicio está todo quieto y en paz” o “sólo es feliz aquel que permanece en su puesto”.

Sin embargo, a pesar de todo lo que venimos diciendo, en la lectura por placer del siglo XVII también se conforman algunos tópicos que prefiguran los inicios de la protesta social, la conciencia de crisis y los primeros intentos de reconstrucción “de una ciudad de los hombres”. Reseñemos algunos tópicos y posteriormente, para concluir, analicemos de qué forma los asaltantes empiezan a configurar la metamorfosis.

Uno de los tópicos de la literatura de placer barroca es “el mundo al revés”, estudiado por Curtius (1955) y Maravall. La sátira bien lo representa (Etreros 1983). La expresión figura un mundo tornado, frágil e inestable, repleto de contradicciones, lo que puede traducirse en desorden. La constatación de que todo cambia aparece de forma reiterada en el teatro, la poesía y otra literatura de ficción: “todo corre al revés” dice Luque Fajardo. “El mundo anda en todas sus partes al revés”, comenta Suárez de Figueroa; “no hay cosa a derechas en el Mundo”, expone Fernández de Ribera o Tirso escribe la comedia *La República al revés*. Incluso en la literatura más popular como los *Avisos* de Barrionuevo se expone en abundantes casos que “todo anda al revés” (Maravall 1972, 316). Todo ello explicita escepticismo frente al orden social armónico. Es, pues, un tópico que se acaba traduciendo inconscientemente en inseguridad e insatisfacción.

Otro de los tópicos que aparece en la literatura placentera es “el mundo como confuso laberinto”, también estudiado por Maravall (1972) y Hocke (1961). El mundo se encuentra protagonizado por la contradicción, “concierto de desconciertos” que Gracián expone. Así, la inconstancia del contexto implica circunstancialidad, mudanza —hoy hablaríamos de liquidez—, y dispersión. El tópico puede ser leído machaconamente en las obras de Góngora, Suárez de Figueroa, Quevedo y otros muchos. Todo ello deviene en “dualismos sin solución” (Rodríguez-San Pedro 1988); de nuevo, Heráclito frente a Demócrito. Y con ello, inestabilidad y conciencia de crisis.

“El mundo como mesón” se trata de un tópico más, muy vinculado con los anteriores, que ha sido estudiado en varias ocasiones por Maravall (1972). El mundo es un lugar de ir y venir donde se aprenden las tretas, los engaños y los recursos para poder defenderse. Es muy común su presencia en la literatura de placer. Así, en *La pícarra Justina* López de Ubeda nos habla del mesón como centro para la vida peregrina y picaresca que es universidad del mundo. Naturalmente, de todo ello deviene un mundo descentrado, repleto de apariencias, donde todo puede ser válido y la supervivencia es individual. Todo ello implica, de nuevo, conciencia de crisis.

En definitiva, la lectura placentera resulta ser sustancial para la comprensión del hombre en continuo cambio y en pugna perenne con sus semejantes. Es “el hombre en continuo acecho” del que habla Mateo Alemán. Sin embargo, como vemos, la lectura de estas obras —impresas algunas, manuscritas muchas, y representadas frecuentemente— configura una cierta vivencia de la libertad que irá paulatinamente derribando las creencias tradicionales y urdiendo los primeros intentos de “reconstrucción” de la ciudad de los hombres.

LA LECTURA POR PLACER COMO MECANISMO TRANSGRESOR Y REBELDE

De todo lo que llevamos dicho, se observa la contradicción interna que venimos describiendo ocasionada por la lectura placentera,

amena y efímera. Si, por un lado, resulta ser un dispositivo conservador del poder establecido, del mismo modo es un mecanismo transgresor y rebelde. Observamos, una vez más, el dualismo constante persistente, el dualismo sin desenlace, Critilo y Andreño, Quijote y Sancho, Heráclito y Demócrito.

En cualquier caso, la lectura placentera abre perspectivas y posibilidades. Si no se podía innovar en religión, en derecho ni en ciencia, sí se podía hacer en el contexto del capricho poético y artístico. Así, frente al inmovilismo se compensa con la irrupción de singularidades en poesía, literatura o arte. De este modo, con el tiempo, algunos elementos acaban configurando de forma definitiva, tal y como estudia Paul Hazard para los años 1680-1715: grandes cambios psicológicos, dispositivos contra las creencias tradicionales y un intento de reconstrucción de un nuevo orden social (Hazard 1975).

Algunos de los elementos que, a riesgo de sintetizar demagógicamente, vienen reflejados en la literatura placentera serán piezas clave para que dé comienzo un examen de conciencias y que, última instancia, participen en la determinación de “un nuevo orden de cosas”.

Por un lado, el *predominio de la experiencia*. Es constatable cómo en ocasiones los personajes de las obras, ante un mundo desconfiado buscan, desde su experiencia individual, reglas, convencimientos y certidumbres. La experiencia abre así nuevas perspectivas, porque a las opiniones recibidas se pueden oponer hechos de experiencia. De esta forma, la lectura placentera posibilita que conceptos que parecían trascendentes acaben dependiendo de la perspectiva individual. Y con ello se conjuga una cuestión no menor: una cierta racionalidad y la admisión de lo inteligible. Recordemos a Argensola:

Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Otro de los elementos contradictorios que puede resultar indisciplinado es la idea de movimiento. Ciertamente, en el Barroco todo es movimiento. Sólo debemos pensar en los espacios arquitectónicos de Borromini, en la sensación dinámica de *Las bilanderas* de Velázquez, o en las leyes de Galileo. La realidad es cambiante, está en continuo movimiento, lo que se traduce en una incesante mudanza. “Sin el movimiento ninguna cosa permanece” dirá Saavedra fajardo; “Como los cielos están en continuo movimiento así las cosas [...] nunca permanecen en un estado y ser” afirma Céspedes y Meneses. En definitiva, si evitar todo cambio era el deseo clásico, en el Barroco se constata que algo nuevo se aproxima. Pues bien, la literatura placentera está repleta de ese dinamismo transformador que debe impulsar la realidad para proponer reformas, de cambiar de forma para adaptarse al futuro esperanzador. El mito de Proteo, muy presente, —dios griego que es capaz de cambiar su forma a voluntad y predecir el futuro— bien lo representa.

Una tercera pieza que bien representa la literatura placentera es la renovación del tiempo. En la lectura de placer la temporalidad es un elemento constitutivo de la realidad. El tiempo hace y rehace las cosas y con él, la posibilidad de la heterodoxia en palabras de Paul Hazard. Calderón, Lope o Gracián representan el presente perecedero en ruinas. En el *fluir* constante, el futuro renovado espera.

De todo lo dicho deriva una crisis de la conciencia y un posterior intento sistematizado de reconstrucción de la ilustrada “ciudad de los hombres”. A partir de finales del siglo XVII, el orden tradicional se abre paulatinamente a un orden salvador. Así, surgen novedades en temas y contenidos: un nuevo modo de plantear problemas, cierta voluntad de mirar al porvenir más que al pasado, cierto interés de reconstruir un nuevo tiempo. Y la ficción acaba mezclándose con un cierto racionalismo. La exégesis bíblica, el combate al tradicionalismo, el empirismo de Locke, el deísmo, la búsqueda de la felicidad en la tierra o el progreso científico vislumbran un nuevo modelo de humanidad.

CONCLUSIÓN

En definitiva, la lectura placentera se constituye como elemento contradictorio en un mundo discontinuo y dualista. Se trata de un dispositivo barroco que es utilizado como elemento conservador del poder establecido, a la vez que como mecanismo transgresor y rebelde. Heráclito contra Demócrito.

Por otro lado, la lectura placentera refleja de forma lúcida la imagen del universo barroco. Con ella se manipulan los comportamientos y la voluntad, se constituye la opinión pública y se preserva el orden social. Pero a la vez brotan tópicos que prefiguran los inicios de la crítica social, que son conjugados con la experiencia individual que abre perspectivas de cambio, la idea de movimiento que supone un dinamismo transformador para adaptarse al futuro prometedor y la renovación para acercarnos a un nuevo tiempo.

REFERENCIAS

- Baroja, J. *Ensayo sobre la literatura de cordel*. Madrid: Revista de Occidente, 1969.
- Berger, P. *Libro y lectura en la valencia del Renacimiento*. Valencia: Eds. Alfons el Magnànim, 1987.
- Curtius, E. R. *Literatura europea y Edad Media Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Cerdá Díaz, J. *Libro y lectura en la Lorca del s. XVII*. Murcia: Cajamurcia, 1986.
- Etreros, M. *La sátira política en el s. XVII*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1983.
- Hazard, P. "Hacia un nuevo modelo de humanidad". En: *La crisis de la conciencia europea: 1680-1715*. Madrid: Pegaso, 1975.
- Hocke, G. R. *El manierismo en el arte europeo*. Madrid: Guadarrama, 1961.

- Luengo Pacheco, R. *Libros y lectores en Plasencia (siglos XVI-XVIII)*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2002.
- Maravall, J. A. “La imposición del marco social sobre los impulsos individualistas: la fórmula ‘soy quien soy’”. En: *Teatro y literatura en la sociedad barroca*. Madrid: Seminarios y Ediciones S. A., 1972.
- Pedraza García, M. J. *Lectores y lecturas en Zaragoza (1501-1521)*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 1988.
- Peña Díaz, M. *Cataluña en el Renacimiento: libros y lengua (Barcelona 1473-1600)*. Lérida: Editorial Milenio, 1996.
- Prieto Bernabé, M. *Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2004.
- Rey Castelao, O. *Libros y lectura en Galicia. Siglos XVI-XIX*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 2003.
- Rodríguez Moñino, A. *Poetas extremeños del s. XVI*. Valencia: Albatros, 1980.
- Rodríguez-San Pedro Bezares, L. E. *Lo Barroco: la cultura de un conflicto*. Salamanca: Plaza Universitaria Ediciones, 1988.
- Rojo Vega, A. *Ciencia y cultura en Valladolid. Estudio de las bibliotecas de los siglos XVI y XVII*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1985.

Los poderes de la lectura por placer. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información/UNAM. La edición consta de 100 ejemplares. Coordinación editorial, Anabel Olivares Chávez, revisión especializada: Valeria Guzmán González; corrección de pruebas: Valeria Guzmán González y Carlos Ceballos Sosa; formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Fue impreso en papel cultural de 90 g en los talleres de Migal Impresiones Digitales, 3er Anillo de Circunvalación no. 73, Col. Barrio Santa Bárbara, Alcaldía Iztapalapa, CDMX, C. P. 09000. Se terminó de imprimir en diciembre 2022.